

en alma tan profundamente católica como el alma de un joven, ya estudiante de ciencias en las escuelas y universidades, ya bracero en las industrias de su familia y casa, ya marino en aquel mar por donde se recogían en las brisas todas las ideas imaginables y en los arreboles de un ocaso luminosísimo se dibujaban como reales todas las más fantaseadas y más inverosímiles epopeyas históricas.

Cada grandiosa personalidad surge del medio ambiente que la vivifica. Los sentimientos y las ideas y las instituciones y las históricas circunstancias del tiempo, forman en derredor de su vida intelectual como todo cuanto llamamos Universo en derredor de la vida material. Imposible nos expliquemos el anhelo por la renovación que atenacea las entrañas del gran marino, si conjuntamente con él no estudiamos la edad primaveral ó renovadora en que naciera. Imposible comprender cómo le movía, con cuánto soberano impulso, además de tal afán de renovación, á su tiempo muy propio, este otro casi religioso de una cruzada nueva, sino recordando la impresión dejada en su pecho y las imaginaciones despertadas en su mente por sucesos como la toma de Bizancio, llorada en las elegías mayores del siglo. Pues así como el afán de renovar é inventar se origina en la Pascua del Renacimiento; y se origina en la caída de Constantinopla el afán de volver á las cruzadas; el afán mercantil, que le poseyó, se origina en las ciudades mercantiles italianas; como el afán de buscar esos lucros mercantiles por medio de grandes expediciones oceánicas en el espectáculo maravilloso que ofrecían entonces los descubrimientos portugueses; como el afán de tentar lo imposible y fabuloso en aquel término de la empresa de siete siglos contra el conquistador, concluída por nuestra patria sobre la hermosa Vega de Granada. Sin el Renacimiento, que todo lo rehace y renueva; sin la toma de Constantinopla, que impele hacia las cruzadas los espíritus mayores; sin el cálculo mezclado al arte de las ciudades mercantiles en aquel siglo creador; sin la estancia en el Portugal de las expediciones maravillosas que iban abriendo

focos de luz en el océano tenebroso ideado por las creencias seculares; sin la fe viva de nuestra España en el milagro, fuera imposible de toda imposibilidad la natural aparición de un pensamiento como el que acabó de cristalizarse por una suma de operaciones matemáticas y de sentimientos proféticos, cual no han visto las edades ninguna otra parecida, en el alma innovadora de Cristóbal Colón y en su descubrimiento de una nueva tierra por la inmensidad de los mares. El cielo claro de nuestra Europa meridional, tan semejante al cielo de Caldea; el mar atractivo Mediterráneo, en que se miraban las fantasías de Colón, repetidas y reflejadas allí con esplendor parecido al que toman las reverberaciones de todos los rayos luminosos y el retrato de todos los cuerpos celestes; la renovación del humano espíritu en aquella florecencia de las ideas; el eco dejado en los espacios por el asedio de Constantinopla ó por el trastrueque de Santa Sofía en Aljama; invenciones como la imprenta, que vencía los tiempos, y el telescopio, que incipiente entreabría los espacios; un pueblo diseminado en los mares y compuesto casi de pilotos, como el pueblo portugués; un Estado, contrastando los progresos de la media luna y del Korán en Oriente con retrocesos y rotas en Occidente; la contemplación uniéndose con el saber, y las intuiciones con la ciencia, concluyeron por dar de sí un alma como la inspiradísima de Colón, á la manera y modo que los organismos, en sus ramos y ramificaciones, concluyen por dar de sí cual increíble fruto el humano cerebro. Sin comprender el Renacimiento, sin comprender la trascendencia del destino de Constantinopla, sin comprender la fiebre de Portugal, sin comprender la transfiguración de nuestra España, no comprenderéis ni describiréis el enigma de tanto milagro. Pero lo que principalmente necesitamos para mirar bien uno de los matices del alma de Colón, es el estudio de las ciudades mercantiles italianas en aquel tiempo. Ninguna tan agitada como Génova. Por su constitución interior estaba entre los municipios republicanos, donde sobre una base amplia de verdadera democracia solía elevarse á

las alturas cierta nobleza, no diremos de verdadera elección, pero sí de verdadera selección, encargada por común asentimiento más ó menos expreso y por hábito más ó menos duradero, de dirigirlo y gobernarlo todo. Pero esta democracia se había roto en tal número de fracciones y su nobleza en tal número de caudillos, que necesitó Génova entregar una de sus fortalezas á los Duques de Milán, para que teniendo allí guarnición y enseña, impusiese á todos el mutuo respeto y la mutua consideración debidos entre libres y verdaderos ciudadanos. Mercaderes todos ellos, navegantes, marinos, habían menester de instituciones idóneas al desarrollo de todos estos ministerios y oficios que se avivan al calor de una libertad consuetudinaria y al brillo de un pensamiento emancipado y espontaneo. Mas, como para vivir en el mundo no bastan las expansiones individuales que traen los humanos derechos, necesitase de las concentraciones centrípedas que los Estados producen y los ejércitos mantienen, el ciudadano había menester de armas que defendiesen con su fuerza coercitiva el orden y el poder legales dentro, y fuera el respeto á la independencia de cada ciudad soberana. Y como en la República mercantil de la Cartago histórica hubo los mercenarios extranjeros, y en la no menos mercantil Monarquía de Inglaterra existen ahora mismo los milites asalariados, en aquellas ciudades mercantiles brotaron, por aquel principio de que Naturaleza produce cuanto necesita, los condotieros, ofreciendo á todo buen postor sus manos armadas para defensa de todos los principios y de todas las causas por merced y dinero. Así, únicamente así, en aquellas edades terribles de guerras perdurables, declaradas por un palacio á otro palacio, por una calle á otra calle, por una ciudad á otra ciudad, por una región á otra región, coincidiendo las discordias civiles con las discordias extrañas, pudieron constituirse familias directoras, como los Médicis en Florencia, ó como los Dorias en Génova; consagrarse los industriales á la elaboración de tantos productos como todavía hoy nos deslumbran; correr los cambios del comercio como una fecundación del trabajo; vivir en paz los me-

dieros del campo á toda servidumbre ajenos, con tal que diesen la mitad por mitad del rento al propietario; moverse los plectros en las liras y los pinceles en las paletas y los buriles en los mármoles y los pedruscos en los edificios para levantar aquellas ciudades armoniosas, en que todo resplandecía con colores de iris y todo cantaba en triunfales himnos, cual si las hubiesen erigido, como en tiempo de Anfión aquellas primitivas poblaciones griegas tan esplendentes, la Poesía y la Música. El Papa de un lado y el Emperador de otro; la nobleza mayor y la nobleza media; el mercader artista y el pueblo en oficios distribuido; los señores montados sobre su trono y sobre su corcel, así como los condotieros esparcidos por todas partes; una Monarquía española en Sicilia y Nápoles con un Ducado casi francés en Milán y Lombardía; los francos por las montañas del Norte y los griegos por las riberas mediterráneas; navegantes, casi á la moderna, en Pisa y Génova, pero navegantes parecidos á los que pululaban por los tiempos en que se mezclaban las navegaciones con las piraterías por Venecia; discordias entre todas las ciudades vecinas, como Sienna y Pisa, como Pavia y Milán; tiranos entre las agitaciones de aquella vida en oleaje continuo, como los Guinigos en Luca, como los Bentivoglios en Bolonia, como los Esforzas en Lombardía; y dentro de todas estas cortes deslumbradoras asambleas elocuentes, repúblicas formadas de poetas y pintores, juegos á la manera helénica y torneos á la manera feudal, certámenes donde se recogían coronas frescas de laurel y vasos cincelados de oro, las paredes animándose con frescos cíclicos que parecían epopeyas vivas, el coro de los teatros antiguos repetido por melodiosas voces en las plazas y frente á las iglesias cristianas, las naves resucitando las teorías ó procesiones clásicas de Atenas, yendo en socorro de las islas griegas ó en busca de tierra consagrada por los siglos evangélicos á Jerusalén para enterrarse las ciudades en ella, el arte y la libertad unidos por hermosas nupcias, de las cuales provienen obras inmortales que honran á toda la humanidad, esmaltan todo el planeta y nos glo-

rificarán en todas las edades. Poned un alma como el alma de Cristóbal Colón en una ciudad como Génova, durante todo el período último de la Edad Media, y os explicaréis las propensiones por la educación larga sobrepuestas á las naturales y nativas aptitudes. La Naturaleza, que le rodeaba, se abría, convidándole á la navegación por el mar infinito y á la emoción continua por esas comunicaciones íntimas entre lo material externo y lo espiritual interno, que sólo pueden gozarse por completo donde la placidez del horizonte y los esplendores del sol reverberados por las aguas atraen y sonríen al espíritu en guisa de sirenas. Pues poned sobre aquel espectáculo de la Naturaleza el espectáculo de esta libertad, y decidme luego si en sus discusiones el pensamiento no se despertaría y la voluntad de Colón no se aceraría con todas las fuerzas intelectuales suyas como las fuerzas de músculos y nervios en los ejercicios gimnásticos. Y al espectáculo por la Naturaleza ofrecido, y al espectáculo de la libertad, unid el espectáculo de las Bellas Artes, las ideas que toman color, las inspiraciones que toman visibles alas, el símbolo encerrando en líneas y figuras toda una doctrina, las piedras animadas, los broncees cincelados, los héroes redivivos, y decidme cómo en esta realización palpable de lo ideal, no vería el navegante, dado á sueños y fantasías desde sus primeros años, la posibilidad inmediata y patente de todo lo imposible. Pero junto al mar, que le sonríe y le atrae con sus ondas; junto á la ciudad, que lo eleva con las enseñanzas de sus libertades y con las instituciones de sus democracias; junto al arte, que lo transfigura y le hace creer en la realización del milagro, están la industria y el comercio, que dan á tales ensueños aspectos materiales y útiles, completando el sabio, el político, el artista, el piloto, el descubridor, el profeta, el vidente, con el industrial, con el mercader, con el negociante. Las iglesias brillantísimas de Génova explican á Colón como cruzado; las escuelas como geógrafo; los palacios llenos de cuadros y estatuas como poeta y artista; las costas como piloto; la industria y el comercio como calculador

positivo y como aprovechado negociante. Así en Génova, cuando veis enroscarse por la tierra pedregosa los olivos sombríos; dormirse al pie de las dunas blanquecinas y agrias las aguas celestes, jaspeadas de verde oscuro por lo bajo, y por lo alto de perladas espumas; mecerse al beso de las brisas en los hondos barrancos las palmeras, por cuyos pies y troncos gallardean las adelfas; erguirse las crestas de los montes alpestres coronadas de pinos y las crestas de los humildes montecillos coronadas de fortalezas; lucir el mar en aquel dentadísimo golfo cortado en diminutas ensenadas donde las velas y las gaviotas se refugian; extenderse los edificios en amplio anfiteatro sobre una gradería que parece compuesta como las notas de una escala; florecer á las puertas de los palacios fabricados en mármol de Carrara los limoneros y por las galerías resplandecientes de multicolores frescos y por las terrazas ornadas de cincelados jarrones extenderse los cortinajes de jazmineros y jazmines; lucir el faro como un topacio desceñido de la corona del sol para esplender en aquellas noches; tenderse las redes colgadas en los vestíbulos y las naves aguardar al pie de las viviendas habitadas por aquellos almirantes que fueron la esperanza de los cristianos y el terror de los turcos, en todo ello no se descubre más, entre la tierra y el cielo, como un gigantesco ángel, que la figura, casi legendaria y litúrgica, de su inmortal Colón.

Así como Génova debía influir en el temperamento fisiológico de sus naturales, y con especialidad, por mil razones varias, en el temperamento de un hijo suyo como Colón, estaba en el caso Pavía, la Universidad á que, muy joven, le mandaron sus padres, según algunos historiadores, de influir en el carácter psicológico y moral. Realmente las Universidades aparecían entonces como capitales sublimes de los espíritus y como focos reconcentradores de las ideas. Aunque nacidas bajo la doble protección del Emperador y del Papa, convertían poco á poco la ciencia teocrática en ciencia civil ó laica, y fomentaban en lo posible así el Renacimiento de las letras como el estudio de la Naturaleza.

Había Universidades en que predominaba el Derecho sobre todas las otras revelaciones del espíritu, como Bolonia; Universidades en que predominaba la Filosofía y las ciencias políticas, como Padua; Universidades en que predominaba la Medicina, como Salerno; Universidad en que predominaba con la Metafísica la Astrología, como en la ilustre lombarda, que, según tradiciones bastante inciertas, debió alimentar algún tiempo el alma de Colón en sus albores, como la Universidad célebre de Pavía. Mas ora fuese porque su complexión inquieta y nerviosa no lo dispusiera de modo alguno al estudio reflexivo y ordenado en trabajos y esfuerzos diarios; ora fuese porque le tentase antes el campo de la acción que el cielo de las indagaciones; ora fuese porque solamente las orillas del mar cuadrasen á las agitaciones de su ánimo y á las tormentas de su idea; ora fuese por motivos de orden secundario, como la escasa fortuna de padres reducidos á cardar lana en humilde oficio, Colón, ó abandonó á los tres años de residencia la Universidad, ó jamás estuvo en ella; y no puede contarse, por ende, con esta institución, cuando se quieren ver y estudiar los matices varios de su alma. Desde muy temprana edad, como todos aquellos á quienes domina una vocación soberana, el gran piloto gustaba como primera mental ocupación la Geografía y el mapa; como principal ocupación práctica, el mar y los combates y las porfías con el mar. Las civilizaciones verdaderamente concentradas y conservadoras están en los desiertos y en las montañas, como la civilización de Nubia y de Palestina y de Mongolia; las civilizaciones expansivas brotan y se difunden al borde luminoso de las aguas. Borrada el Indo, borrada el Eufrates, borrada el Nilo, y no comprenderéis ni la primera cultura de los arios, que sembró las larvas de nuestros dioses y de nuestras ideas; ni el Imperio asirio, que nos reveló el secreto de los cielos materiales; ni la tribu siro-caldea, que nos reveló el Dios espiritual y sumo; ni el Imperio faraónico, que nos habló por vez primera de la inmortalidad. Pues bien; á las civilizaciones fluviales siguen las civilizaciones

mediterráneas. No son otra cosa que civilizaciones mediterráneas la fenicia, la cartaginesa, la helénica, la romana, la provenzal y la hispánica, de cuyos esmaltes hoy mismo se abrillantan y hermocean así el espíritu como la historia universal. Entre los muchos aspectos que toma la grandeza de Colón, quizá no fué ninguno tan característico de su personalidad como el cambio que determina de la civilización mediterránea en la civilización oceánica. Por eso la Providencia llamó su elegido para dilatar los mares y completar el planeta en su ciudad levantada en las orillas del Mediterráneo, atravesado por estelas de ideas luminosas que aun hoy resplandecen y sembrado de armoniosísimos escollos que aun hoy entonan el poema de la navegación. Homero, que fué autor de la epopeya del Combate, la *Iliada*, fué también autor de la epopeya de la Navegación, la *Odisea*. En tal concepto mueven fuerza é ira la una epopeya, mientras inteligencia y astucia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónense á servicio de los esfuerzos del trabajo en la segunda. Vese allí todo aquello que destruye; vese aquí todo aquello que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navío herir, ni someter por el trabajo de seres tan despreciables como el hombre, cuando se le compara de algún modo con los espacios y con los horizontes indecibles é inmensos y con los abismos insondables y con los encrespamientos de sus ondas, que parecen levantarse á extinguir las estrellas del cielo. Y las playas inhospitalarias donde Ulyses aborda; los escollos en que su esquife naufraga; los vientos, unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión; aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen hacia los abismos; aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos; el cielo, á cuyo soplo los vientos compiten con las nubes eléctricas; las piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones; las cavernas que se abren á una con bostezos terribles y se tragan las gentes; aquel em-

peño de Calipso en mantener cautivos á los arribados; la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y hechizos al extranjero apartado de su patria; todos estos obstáculos representan por maravillosa manera las insuperables dificultades por el mar opuestas al dominio de la navegación y al imperio del marino. Mucho se parece todo esto á cuanto refieren la tradición y la historia del empleo que diera Colón á sus facultades en aquel Mediterráneo sembrado de guerras entre Francia y España por el Rosellón; de guerras entre los postreros angevinos y los napolitanos; de guerras entre las naves genovesas y las naves venecianas; de guerras entre Venecia y Turquía por el Peloponeso, guerras de verdaderos piratas, en que por todas partes, como una epidemia marítima, se desarrollaba el corso; en que infestaban terribles merodeadores las costas y las islas; en que los corsarios por las aguas se parecían á los condotieros por las tierras; en que los navegantes vencidos morían sobre la mar devorados por las llamas, ó de salvarse, quedaban tristemente condenados á pena mayor que la muerte, á perpetuo cautiverio, al remo y á la cadena eternos. Aunque las mocedades de Colón, después de bien examinadas todas las noticias referentes á ellas, con dificultad pueden certificarse de históricas, mezcladas como están de suyo con mil tradiciones desenvueltas y desarrolladas tras su gloria, y provinientes muchas del interés de los suyos ó de relatos adaptables á su vida y á sus trabajos, no puede negarse que perteneció al proceloso trabajo marítimo de su tiempo, en que las aguas solían encrespase así al soplo del huracán como al soplo del combate. Juan de Anjou, Duque de Calabria, lo llevó en las galeras expedidas para obtener el trono de Nápoles á Renato, Conde de Provenza. Y en estas expediciones empleó las dos grandes virtudes propias del marino, su valor y su astucia. El mismo Colón cuenta que, como Renato le mandase á Túnez en requerimiento y busca de la galeota *Fernandina*, y como cerca del *San Pedro*, en Cerdeña, la tripulación se le insurreccionase, queriendo

constreñirle á dirigirse hacia Marsella, él, merced al crepúsculo y á sus sombras, cambió á hurtadillas su rumbo, y al amanecer encontráronse los rebeldes, contra su voluntad y sin presentirlo, frente al cabo de Cartagena. Por tanto, no debe parecernos mucho que navegara desde Chipre á Lisboa, y que al fin pasase, ya entrado en edad, por mil ochocientos cincuenta y cuatro, á los dominios de Portugal, nación muy consonante por aquel entonces con todas las propensiones de su complexión fisiológica y con todos los ensueños de su exaltada fantasía.